

José Escofet
Algo sobre Blasco Ibáñez
(*El Correo Español* [México], 9-6-1906)

Si descontamos a Pérez Galdós y a doña Emilia Pardo Bazán, figuras gigantescas de la novela española, queda en España como jefe de los novelistas Vicente Blasco Ibáñez. Creo firmemente que ni Palacio Valdés, talento de primer orden, ni Jacinto Octavio Picón ni José Ortega y Munilla, dos escritores que ya producen poco, superan ni siquiera igualan en mérito al ilustre autor de *La barraca*, casi universalmente reconocido como uno de los más notables novelistas del mundo.

En mi opinión, muerto Zola, ningún novelador perfectamente moderno puede compararse con el gran artista valenciano. Blasco Ibáñez, como ha dicho recientemente Luis Morote, lo reúne todo para ser grande: tiene cultura, talento excepcional, alma de artista, fecundidad pasmosa... Es, sencillamente, como lo califica el notable crítico alemán Siegmund Feldmann: «un hombre magnífico».

Adivínase en Blasco a uno de esos intelectuales que llenan toda una época, a uno de esos hombres que, humana y literariamente, son asombro de su generación y de las generaciones que suceden a la suya. Blasco es un caso raro. A los quince años tenía historia política y figuraba como secretario de un centro republicano, y a los diecisiete se había iniciado ya en la vida aventurera del criminal político y era condenado a seis meses de prisión por una campaña de oposición contra el Gobierno.

Su historia parlamentaria es de las más accidentadas y de las más brillantes. Triunfó en la tribuna igual que en el periodismo y que en la novela. Su popularidad en España es enorme.

Sin embargo, yo admiro a Blasco Ibáñez más que por su oratoria y por sus campañas políticas, por su arte superior, verdaderamente excepcional.

La publicación de su último libro *La maja desnuda* da a su figura literaria una actualidad palpitante. No he leído esta novela y, por tanto, no puedo juzgarla, cosa que me reservo para muy en breve; pero estimo oportuno decir desde luego algo del excelente escritor que tan alto puesto ocupa en nuestra literatura.

Viene de perlas reproducir aquí algunos párrafos de un artículo publicado por Siegmund Feldmann en el *Lokal Anzeiger*, de Berlín, que es el periódico de mayor circulación en Alemania.

Decía Feldmann hace poco más de un año, cuando Blasco Ibáñez todavía no era conocido de los alemanes:

«No es que quiera yo entonar un himno en loor del extranjerismo, pues en esto los alemanes nos corremos bastante. Pero creo que en cuestiones de arte

hay que huir de ser más chinos que... los franceses, y los franceses aprecian enormemente a Blasco Ibáñez. Cuando un libro de este aparece en los escaparates, los parisienses lo arrebatan como si fuese de Bourget, de Prevost, o de cualquier otro de sus clásicos de *boudoir*, los cuales todos no le llegan a Blasco ni a las rótulas. Los italianos hace tiempo que se le han incorporado, los ingleses le abren la puerta de par en par, y hasta los holandeses y polacos han traducido varias de sus novelas. Solamente nosotros, los alemanes, que solemos ser los descubridores de las literaturas exóticas, en esta ocasión nos hemos quedado a la zaga. Pero ya nos desquitaremos, y con creces, en cuanto leamos algunos tomos de él. Óiganme bien: hoy, Blasco Ibáñez es un hombre de 38 años; pues bien, antes de que tenga 48, muchos antes quizás, habrán ustedes aprendido a pronunciar su nombre como pronuncian ahora el de Emilio Zola».

Actualmente, un año después de escrito esto, Blasco Ibáñez tiene en Alemania tantos lectores como en España. No se equivocaba Feldmann en su profecía.

Decía también el distinguido crítico:

«No es casualidad el que recuerde a Zola. En su originalidad, Blasco Ibáñez se acerca, por la intensidad de su visión, al maestro de Medan. Se le parece, ante todo, por el temperamento. Cuando nadie se acuerde ya del realismo, del naturalismo y de otros conceptos de ese caletre, cuando nadie lea ya a Zola, siempre habrá que admirar su gran innovación, que consistió en librar a la novela de las individualidades e instituir en su lugar a las colectividades como protagonistas. Blasco Ibáñez sigue el mismo criterio artístico.

»También él ha llegado a persuadirse de que en este mundo solo valen las muchedumbres, y que en estas solo son decisivos los instintos que del fondo del inconsciente surgen a la superficie. Con este amplio y profundo concepto moderno por norma, sus novelas vienen a ser epopeyas del trabajo nacional, en cuya limitación local se encierra un trozo de toda la humanidad. En *La catedral* deja penetrar nuestra mirada en la vida de los parásitos del templo; en *El intruso* nos lleva a las minas del norte; en *La bodega* nos describe la miseria y la opulencia de las comarcas vinícolas de Andalucía, y en *La barraca*, cuya acción se desarrolla en la patria valenciana del autor, asistimos a una tragedia del campo, no menos grandiosa que la que Zola trazara en *La tierra*. En todas esas novelas — hasta la fecha son once— los personajes tienen la plasticidad y el movimiento de la vida misma. En todas ellas hay color, pasión, realidad, y a veces el dolor se expresa con una intensidad que nos aterroriza y quita el aliento».

Según Feldmann, los españoles somos idólatras del talento y sabemos honrar a los compatriotas que valen. Si es esto verdad o no, que lo digan otros. Acaso mi opinión sea algo contraria, sobre este particular, a la del redactor del *Lokal Anzeiger*, que decía en el artículo de referencia:

«¿Quieren ustedes un ejemplo? Este les mostrará al mismo tiempo lo popular que es Blasco Ibáñez en Madrid. Después de mi primera visita me acompañó, para que no me equivocara, hasta el tranvía de la Castellana. Subí al coche, pero mi acompañante tenía todavía muchas cosas que decirme, y el coche esperó lo menos cinco minutos, hasta que terminó de hablar. Creí que los pasajeros estarían furiosos, pero todos se conformaron sin la más ligera protesta. Aún hubo más. Me había quedado en la plataforma trasera y presenté al cobrador mis perras de cobre. El cobrador me dio el billete; pero no quiso aceptar el dinero, enseñando con un ademán a dos señores que estaban sentados en el interior. Pueden ustedes suponer que me extrañó sobremanera. Los señores de referencia, empero, vestían muy bien, y cuando les miré interrogativamente, saludaron cortésmente con una ligera inclinación de cabeza, de modo que era imposible el que se hubiesen permitido conmigo una bromita de mal género. Luego me enteré de que habían pagado por mí, porque me habían visto con Blasco Ibáñez.

»Tal vez ese detalle lo encuentren ustedes cómico. ¡Pues yo lo encuentro sublime como un monumento de bronce imperecedero!»

En efecto, es un detalle hermoso, que yo atribuyo solamente a la popularidad de Blasco Ibáñez entre los madrileños.

Para no hacer más largo este artículo, que de largo peca ya, me preparo a leer *La maja desnuda*, la última novela del insigne valenciano. Creo que todos los españoles deberíamos hacer lo mismo, agradeciendo así de obra la lisonjera afirmación de Sigmund Freud.

Y antes de leer el nuevo libro de Blasco Ibáñez, tengo ya que aplaudir al autor por su fecundidad, esa fecundidad solo comparable a la de Pérez Galdós, el escritor gigante.